

“El jardín”

Yeray refunfuñaba detrás del volante de su vieja camioneta, que aún desprendía un ligero aroma floral, recuerdo de los años en los que su abuelo, botánico de profesión, llevaba a Yeray e intentaba, sin éxito, inculcarle el amor por las plantas. Aún no era capaz de entender cómo Javier, su jefe en su sección del periódico, lo había podido mandar al aislado pueblo Eliseo, dónde nunca pasaba nada. Apretó el volante con las manos hasta que le dolieron de la tensión y el vibrar de la descuidada carretera de tierra en contacto con el vehículo durmió sus piernas, mientras, su cabeza estaba en las últimas horas; se había levantado apático, era consciente de que su último escrito no había tenido éxito entre los lectores y, alicaído, se había pasado todo el trayecto desde su casa al trabajo pensando en nuevas ideas, nuevos artículos que cautivaran. Pero, como en las semanas anteriores, su mente no cooperaba. Cuando finalmente llegó a su oficina, supo que le habían convocado. Ahí empezó todo. No recordaba los detalles, todo estaba diluido tras las primeras frases de su interlocutor: “No puedes seguir así, Yeray. ¿Por qué no te pasas unas semanas en Eliseo y ves que se cuece por allí? Estoy seguro de que encontrarás algo lo suficientemente bueno para inspirarte.” En Eliseo. Claro que sí. En el pueblo en el que nunca pasaba nada, el pueblo donde parecía haberse parado el tiempo, el pueblo donde ya ni iban los turistas porque ninguno regresaba a sus hogares y desaparecían misteriosamente, en el pueblo... Un momento. En el pueblo donde ya ni iban los

turistas porque ninguno regresaba a sus hogares y desaparecían misteriosamente. Eso era. Yeray, comprendiendo finalmente a su supervisor, soltó una carcajada y no paró de sonreír hasta que alcanzó el cartel de bienvenida al pueblo.

Había pasado tanto tiempo desde que se había sentido tan vivo, que apenas recordaba la sensación de felicidad plena que producía, caminando por un perfecto jardín del Edén, sentía como si volviera a respirar tras dejar de contener una respiración que no sabía que guardaba. Los árboles y la vegetación llenaban las esquinas, las plazas y los balcones, coloridos murales de flores en cada pared y el murmullo del riachuelo cercano. Ciertamente era un paraíso. El ambiente parecía ir a la par que los lugareños; no fueron pocos los que se le acercaron a saludar, e incluso, algunos vecinos, le habían regalado tarros de miel del campo cercano. Sin embargo, no pudo evitar notar que cuando le preguntaban el motivo de su visita y explicaba su intención de resolver el misterio de los turistas desaparecidos y escribir un artículo sobre ello, rápidamente y con frases evasivas, instaban a Yeray a dejar el asunto, asegurándole con vehemencia que nada raro estaba pasando, y le recomendaban que en su lugar disfrutara del lugar, antes de marcharse tan rápido como habían aparecido. No sabían que echaban leña al fuego investigador del forastero y añadían valor a las fotos de los desaparecidos en el bolsillo de este, que cada vez las sentía más pesadas contra la tela de su vaquero.

Tras verse prontamente abandonado por tercera o cuarta vez, se fijó en una casa al final de la calle. Aunque parecía delicada con esa pintura blanca, desconchada y agrietada en ciertos lugares, y marcos de puertas y ventanas azules, un árbol de aspecto casi místico custodiaba el pintoresco jardín que le precedía. Casi hipnotizado, se acercó al imponente guardián y alargó la mano para sentir la aspereza de la corteza en su mano, pero tanto era su ensimismamiento que no notó a la anciana mujer que recogía las bayas de los setos que hacían de barrera natural hasta que esta lo saludó, interrumpiendo su acción. La mujer era, inequívocamente, longeva, tal y como transmitían sus cabellos canosos, los pliegues en su piel y el sutil temblor de sus manos, sin embargo, cuando se presentó bajo el nombre de Alma, Yeray pudo sentir en sus ojos una juventud que definitivamente retaba a su apariencia. Alma, viendo la reverencia del joven hacia su árbol, le invitó a pasar mientras le contaba que su difunto marido, de ascendencia irlandesa, había crecido con las leyendas celtas sobre el árbol del Tejo, considerado sagrado por su conexión con la muerte y el renacimiento, además, terminó Alma con una sonrisa triste, porque los cristianos, en sus inicios, consideraban que el tejo protegía a las almas de los difuntos, para su marido, ella era su más preciada Alma.

Desde el sofá con bordados cuidadosamente colocados, Yeray aceptó la caliente taza de té y un bote de mermelada, que Alma, orgullosa de su trabajo, le hizo saber que la preparaba ella misma con frutos de su jardín. Intentando devolver

los bonitos gestos que la anciana mujer no paraba de tener con él, se apresuró a tomar un sorbo de la bebida. Estaba bastante buena, sabía como a almendras amargas, y decidió acompañarlo con una tostada del plato colocado en la mesa junto a la infusión y untó un poco de mermelada. Ahora sí. La dulzura le explotó en la boca, una ligera acidez le sacudió la lengua y, ¿eso era picante? Una mezcla asombrosa y exóticamente deliciosa. Animado por la confianza que le transmitía la tan hogareña situación, le pidió a Alma que le contara sobre los turistas desaparecidos del pueblo. El cambio en la expresión de su cara fue tan rápido que se lo hubiera perdido si hubiera pestañeado; donde antes habían líneas de expresión, ahora había duras marcas de la edad, una mirada amable y jovial se había transformado en una recelosa y afilada, sus labios, que hasta ese momento retenían una carcajada, se cerraron hasta formar una línea recta y fruncida. Con una voz áspera y dura, que no admitía réplicas, Alma despidió a Yeray y, como el resto de vecinos, le aseguró que no pasaba nada malo en el pueblo. Con movimientos sorprendentemente ágiles y rápidos para su edad, guió a Yeray a la entrada a su jardín. Sin embargo, no fue lo suficientemente rápida como para evitar que el joven se fijara en el collage de fotos del vestíbulo de la casa, lleno de imágenes con los mismos protagonistas que los misterios que rodeaban al pueblo.

Ya en la casa del alquiler en la que tenía pensado quedarse hasta que escribiera algo que valiera la pena, el teléfono móvil de Yeray rebotó en la cama con la

misma fuerza con la que lo había lanzado, tras maldecir en voz alta, por novena o décima vez, la falta de cobertura. ¿Cómo era eso posible? ¿De verdad el universo le odiaba tanto? Rendido se tiró en el diván del otro lado de la habitación; en un inicio, cuando había llegado, le había hecho gracia, ahora, sin embargo, le resultaba odiosamente similar al de los protagonistas de películas que eran derrotados por las circunstancias. Se frotó la cara con las manos y determinó que necesitaba descansar antes de tomar ninguna decisión. Se duchó y se metió en la cama, pero, como de costumbre, el sueño no parecía llegar, así que cogió un pesado libro de la mesilla de noche, pensando que le ayudaría. Casualmente, el primer tomo que alcanzó era una recopilación de todas las plantas y flores silvestres de la zona, sonrió con añoranza; sentía que su abuelo había metido la mano en el destino para hacerle saber que todo iba bien. No supo qué tan equivocado estaba hasta que llegó al capítulo 4: Plantas venenosas de la enciclopedia vegetal; tras el apartado sobre las azaleas y sus bellos pétalos pero con toxinas causantes de daños en el sistema nervioso, reconoció el imponente tejo, causante náuseas, vómitos, convulsiones... Agradeció en silencio no haberlo tocado, pero el alivio se convirtió en puro temor dos páginas más adelante, con la descripción de un laurel cerezo, peligrosamente parecido a los setos de Alma, con frutos que provocaban convulsiones y fallos orgánicos, con frutos con los que se podían hacer mermelada... Yeray salió corriendo y apenas llegó al baño, donde descargó todo el contenido de su estómago, aún tambaleándose, salió a la calle y a pesar de que la noche llevaba horas asentada, no fueron pocos los vecinos con los que se encontró. Estos, preocupados por la palidez y sudoración

excesiva del joven, no tardaron en intentar aliviar sus males, pero Yeray, sintiéndose cada vez con menos fuerza, sólo fue capaz de decir, con hilillo de voz casi inaudible, que le dolía muchísimo la barriga, no podía soportarlo más; sentía que se moría. Rápidamente, le empezaron a llover las recomendaciones de los habitantes de Eliseo; una manzanilla siempre venía bien, un masaje con aceite de romero era mejor, nada que una buena vomitona no arreglara... Yeray apenas prestó atención hasta que una voz se sobrepuso a las otras; *“¿Por qué no vas a casa de Alma y le pides uno de sus famosos tés de tejo? Son milagrosos”*. Té de tejo. Ahora sí que iba a vomitar. Con pasos tambaleantes se quiso alejar de los brazos que le intentaban arrastrar en dirección contraria, pero, impotente ante la fuerza opuesta, sólo fue capaz de sentir el pánico subir por su garganta, la ansiedad cubrir su vista y el miedo cerrar sus pulmones hasta que todo se oscureció mientras deseaba haber escuchado las lecciones de su abuelo con más atención.

Le despertó algo parecido a una alergia de primavera que le provocaba ganas de estornudar y de rascarse la nariz. Con cierta dificultad abrió los ojos para encontrarse a sí mismo acostado en el sofá de la casa de Alma y a la mujer sosteniendo una flor bajo su nariz. Todavía adormecido, apenas registró el final de la frase, *“... que despertaste, te diste un buen golpe en la cabeza, probablemente te saldrá un chichón. Menos mal que los vecinos me trajeron flores del campo; son las únicas suficientemente fuertes como para despertar a alguien”*. El campo cercano, por supuesto, esta gente parecía conocer mucho de la naturaleza que

rodeaba la villa. Se frotó los ojos y se quedó congelado a medio gesto cuando vio la flor que se había usado; rosa pálido y de aspecto delicado; una azalea. Una maldita azalea. Del campo. Del campo con flores donde había salido la miel. Estaba oficialmente en un aprieto; ya eran demasiadas cosas como para que fueran coincidencia; miel hecha con flores venenosas, té de un árbol tóxico, mermelada con frutos mortales... Era evidente que todo el pueblo estaba en el ajo. Se preguntaba si le iban a dejar peinarse antes de que le sacaran una foto para el macabro collage. No. No, no, no, no, no. No iba a morir. No iba a permitirlo. Era cierto que la balanza no estaba inclinada a su favor, pero si sabía jugar bien sus cartas, el juego podría cambiar.

Fingiéndose desconcierto, agradeció a Alma la ayuda, afirmando que daría las gracias al resto de vecinos también cuando se encontrara con más fuerzas, pero mientras aparentaba desperezarse, se aseguró de tirar la taza de té, salpicándose en el proceso. Al escuchar las que consideraba sinceras disculpas, Alma tranquilizó al joven y excusó un momento para prepararle más infusión, que según ella, le daría la energía necesaria para encontrarse mejor. Entonces, Yeray aprovechó ese momento y, con cuidado de no hacer ruido, volvió al vestíbulo, parándose frente al collage que lo decoraba. Allí estaban todos; Lorena, Javier, Samuel, Carmen... Con expresiones tranquilas y gestos de felicidad, sonreían a la cámara, ignorantes de la sombra que les acechaba, la misma que asustó a Yeray con un escalofrío antes de afirmar con voz helada; *“No tendrían que haber venido*

aquí. La gente como ellos no encajan en Eliseo. La gente como tú debe desaparecer”.

Entonces, la oscuridad cubrió su mundo.

Cuando se despertó, volvía a estar en su habitación. Todo estaba tal y como lo había dejado antes de irse a dormir y sintió el peso de la angustia desaparecer de su pecho; todo había sido una pesadilla. Un sueño que no era real y que probablemente había sido influido por el dichoso libro sobre plantas. Sacudió la cabeza mientras se reía de su propia imaginación, ¿cómo iba una pobre anciana envenenar y desaparecer a tanta gente? Y con el apoyo de sus vecinos y nada menos. Según iba repitiendo la historia en su cabeza, más inverosímil le parecía. Sin embargo, al estirarse, una punzada de dolor le recorrió la cabeza y cauteloso acercó la mano a la zona dolorida. Fue incapaz de reprimir un grito en cuanto sus dedos rozaron un chichón que comenzaba a formarse. Esto no podía ser verdad. No le podía estar pasando. Corrió al baño y su igualmente alarmado reflejo le devolvió la mirada con un ligero sarpullido en el labio y salpicaduras de infusión en la camisa. Se dejó caer en el suelo de cerámica hasta que estuvo totalmente acostado, en una posición casi fetal, y cerró los ojos, sintiendo el frescor acariciarle la mejilla y los brazos. Sorprendentemente, por fin, pudo pensar.

Yeray se quedó en el suelo, en posición fetal, mientras intentaba ordenar sus pensamientos. La pesadilla había sido demasiado real. La sensación de peligro, la imagen de aquel collage de sonrisas en la casa de Alma, todo se mezclaba en su

mente como un cóctel venenoso. Tenía que huir de ahí como fuera. Se vistió a toda prisa, tratando de recordar cada detalle de la noche anterior y corrió hacia donde había dejado la vieja camioneta días atrás.

Mientras se precipitaba por las calles vacías, el sol empezaba a asomarse en el horizonte, iluminando las fachadas de las casas. Todo parecía tan normal, tan tranquilo, pero Yeray sabía que daba era seguido por un silencio incómodo; tanto los árboles como las flores guardaban un secreto.

Al llegar a la plaza central, observó el bullicio de la vida cotidiana. Gente charlando, niños jugando, el murmullo de las conversaciones entrelazándose como un canto. Se detuvo en medio de la plaza, una figura errante en un cuadro vibrante, pero poco a poco, los rostros que antes lo miraban con interés ahora mostraban irritación. Las miradas se volvían inquietas, y él supo que ya era demasiado tarde.

Los lugareños comenzaron a acercarse, su lenguaje corporal delataba una incomodidad que antes había sido camuflada por la amabilidad. Los ojos se cerraban en una línea de determinación, los labios se apretaban, y las sonrisas se desvanecían, transformándose en muecas que revelaban una amenaza latente. Yeray sintió cómo su corazón latía con fuerza, amenazando escapar de su pecho.

Una mujer mayor, la que le había ofrecido miel en su primera visita, lo miró con una intensidad que lo hizo estremecer. “No deberías estar aquí”, parecía susurrar su mirada, y la angustia se apoderó de él. Intentó buscar un camino hacia la

salida de la plaza, pero los cuerpos comenzaban a cerrarse a su alrededor, como si el aire se volviera más espeso, menos accesible.

Un hombre robusto se adelantó, bloqueando su camino. La expresión en su rostro era seria, casi desafiante. Yeray comprendió que sus preguntas habían cruzado una línea, que su curiosidad había despertado un celo protector en aquellos que parecían vivir en paz. La plaza, que antes era un refugio de vida, se convirtió en un escenario de hostilidad.

Respiró hondo, e intentó encontrar las palabras adecuadas, pero su mente era un torbellino. Cada rostro que lo rodeaba le recordaba los secretos que había descubierto, las verdades que parecían demasiado peligrosas para compartir. En un instante, decidió que no podía rendirse. Era un periodista, después de todo; había venido a desenterrar una historia, y aunque el miedo lo amenazaba, no podía rendirse.

Con un gesto de desafío, Yeray levantó la cabeza y miró a su alrededor. La multitud lo observaba en silencio, cada mirada era un peso en su pecho. Dio un paso al frente, decidido a enfrentar la tensión que había creado mientras la adrenalina corría por sus venas.

Un murmullo recorrió la plaza. Las palabras se susurraban entre los habitantes, un lenguaje que no necesitaba ser verbalizado. Alguien en el fondo comenzó a hablar, el eco de la voz resonando en la quietud, pero no podía entenderlo. La

incertidumbre se transformó en una presión palpable, y Yeray sintió que cada segundo se alargaba, como si el tiempo se hubiera detenido.

La tensión creció hasta que un joven del grupo se adelantó. Sus ojos eran fríos, y su postura transmitía una firmeza que lo intimidaba. “No deberías estar aquí, forastero”, dijo, la voz clara y directa, resonando en la plaza. Las palabras cayeron como un peso, y Yeray supo que el momento decisivo se había presentado.

El joven continuó, “Este no es tu lugar. Lo que buscamos aquí, lo que hemos vivido, no es para que lo entiendas. No perteneces a este mundo.” Cada palabra era un clavo en el ataúd de su curiosidad, y Yeray sintió que el aire se le escapaba.

Pero, a pesar del miedo, había una chispa de resistencia en su interior. Había llegado demasiado lejos para retroceder. Sin embargo, su corazón le advertía que el peligro era real, que la calma superficial del pueblo escondía un abismo de secretos oscuros. Los murmullos se transformaron en gritos, una oleada de energía que se tornaba cada vez más amenazante.

Con un último vistazo a la plaza, a aquellos rostros que había querido creer amables, sintió cómo la desesperación lo envolvía. Se dio la vuelta y corrió, la adrenalina impulsándolo hacia la salida, hacia la seguridad de su camioneta. El eco de sus pasos resonaba en sus oídos, acompañado por el sonido de una comunidad que comenzaba a moverse, un torrente de cuerpos que lo perseguía, una danza macabra entre el cazador y la presa.

Alcanzó su vehículo y, en un giro frenético de las llaves, el motor rugió. Pero al mirar por el retrovisor, se sorprendió al ver a Alma frente a la multitud, segundos antes airada, reteniéndola y permitiéndole marchar.

Yeray no puede creer su suerte, conduciendo por la maltrecha carretera de salida, el único malestar que siente es un ligero mareo, probablemente de los nervios. Seguro que eso también explica la debilidad de sus brazos y el cansancio que empaña sus ojos. Está seguro que es la razón por la que es incapaz de girar el volante y sigue recto en aquella curva del acantilado. Es la razón por la que nunca volverá a abrir los ojos.